

3. Ana Laura Bochicchio*

Construyendo el neonazismo norteamericano: George Lincoln Rockwell y el American Nazi Party (1959-1967)

ABSTRACT

Durante la segunda mitad de la década del '50, los Estados Unidos experimentaron un renacer de la extrema derecha. La Guerra Fría doméstica había iniciado un discurso de vigilancia y contención comunista que debía ser encarada por la misma población. De allí que la extrema derecha encontrara un canal de acción habilitado desde el mismo Estado. Si bien existían fricciones y puntos en común entre los diferentes grupos, hubo uno que encontró en el imaginario nacionalsocialista la forma de combatir lo que creían una conspiración destinada a destruir a los gentiles: la conspiración judeo-bolchevique. Fue George Lincoln Rockwell, un veterano de la Segunda Guerra Mundial, quien en 1959 decidió combatir esta conspiración recurriendo a la parafernalia nazi. Para ello fundó su *American Nazi Party*, partido que se encargó de construir la versión norteamericana del neonazismo por medio de un proceso de reapropiación del nacionalsocialismo y

una posterior adaptación del mismo al suelo norteamericano. Para ello, Rockwell recurrió a la adopción de la simbología nazi, la internacionalización de la concepción racial *aria*, el negacionismo del Holocausto, la incorporación del discurso imperialista y el vínculo con el cristianismo racista de tradición norteamericana.

Palabras clave

Extrema derecha, conspiración judeo-bolchevique, George Lincoln Rockwell, neonazismo

During the second half of 50's, the United States experienced a revival of the extreme right. The Cold War had begun a domestic discourse of containment and surveillance on communism that should be undertaken by the population. Hence the extreme right found a channel of action that was enabled by the State. While there were frictions and commonalities between different groups, one of them found in the Nazi imaginary how to combat what they believed a conspiracy which aimed to destroy the Gentiles: the Jewish-Bolshevik conspiracy. George Lincoln Rockwell was a veteran of World War II who in 1959 decided to fight this conspiracy using Nazi paraphernalia. To this end, he founded the American Nazi Party, the party that was responsible for building the North American version of neo-Nazism through a process of reappropriation of National Socialism and a later adaptation on American soil. To do this, Rockwell resorted to adopt Nazi symbols, the internationalization of Aryan racial conception, Holocaust denial, the incorporation of imperialist

* Egresada carrera de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. E-Mail: bochicchio.ana@gmail.com

discourse and the link with the racist American tradition of Christianity.

Key words

Extreme right, Jewish- Bolshevik conspiracy, George Lincoln Rockwell, neo-Nazism

Nuestro objetivo principal es comprender el papel político jugado por el *American Nazi Party* (ANP), fundado en los Estados Unidos por George Lincoln Rockwell, un expiloto de la Marina, en 1959. Creemos que el estudio del ANP puede ser un disparador que nos sugiere cuestiones más amplias sobre la sociedad norteamericana en general. Por ejemplo, la cantidad de publicidad que obtuvo el *American Nazi Party* fue muy grande por tratarse de un pequeño grupo sin incidencia política. El hecho de que ésta se volcara voluntariamente sobre un *nazi* nos da cuenta de que la sociedad norteamericana tiene un particular interés en ese tipo de personajes. A los aparatos de prensa oficial les interesa demostrar que las “amenazas antidemocráticas” existen porque Estados Unidos es un país *tan democrático* que permite la libre expresión de tendencias autoritarias, racistas y nazis. Se puede suponer, pues, que la mismísima imagen estadounidense de la libertad y la democracia necesita de personajes de este estilo para justificarse a sí misma ante una población que, si bien en su mayoría comparte rasgos de racismo, se siente amenazada por un personaje que expresamente se dice sucesor de la obra de Adolf Hitler.¹¹

Por otra parte, el hecho de que grupos de extrema derecha racista como el ANP sean legales en Estados Unidos no es un dato menor. Su presencia no significaba una amenaza al sistema cultural, económico o

político norteamericano, sino más bien una agitación discursiva. El racismo siempre cumplió una función social específica para ciertos sectores poderosos norteamericanos e incluso para los blancos más pobres que se sentían privilegiados por ser “blancos” y no pertenecer a la minoría discriminada. Tanto económica, sociológica y psicológicamente el racismo fue de gran utilidad a la hora de esconder los verdaderos vínculos de poder entre blancos y construir y desarrollar la excepcionalidad norteamericana y los imaginarios vinculados a este concepto.

Como afirman Seymour M. Lipset y Earl Raab, “quizás la paradoja última consista en que los movimientos extremistas del país hayan sido incubados por las mismas características norteamericanas que a la postre los rechazaban”.¹² Creemos que el estudio del ANP puede darnos respuestas no sólo sobre la naturaleza del neonazismo norteamericano, sino sobre el mismo estilo político oficial de los Estados Unidos. De hecho, la tradición de la extrema derecha es casi tan larga como la historia del país. Es éste un estilo que ha dominado a la mayoría de las organizaciones de derecha que existieron y existen por fuera del *mainstream*, aun cuando muchas veces la propia política oficial se ha comportado o ha mantenido afirmaciones similares a las del extremismo de derecha.

Al referimos a la extrema derecha tomamos como base la definición dada por Lipset y Raab en su libro *La política de la sinrazón*.¹³ Estos autores, teniendo en mente el caso estadounidense, definen al *extremismo* como la política de la desesperación, la cual se expresa como reacción. Se caracteriza por “la tendencia a tratar como cosa

¹¹ *The New York Times*, 10 de junio de 1960.

¹² Seymour Martin Lipset, Earl Raab. *La política de la sinrazón. El extremismo de derecha en los Estados Unidos, 1790-1977*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 51.

¹³ *Ídem*.

ilegítima a toda segmentación y ambivalencia”.¹⁴ Eso está acompañado de un *moralismo histórico y político*, o sea el entendimiento de todos los acontecimientos humanos desde una lógica maniquea, es decir, como provenientes de una fuente suprema, ya sea el bien o el mal. Este moralismo tiene una derivación que le es propia: la teoría de la conspiración. Ésta, según Lipset y Raab, posee una serie de elementos distintivos: una naturaleza generalizadora y simplista del conocimiento histórico, la idea de que unos pocos manipulan a la mayoría de la sociedad y la fe en la perfectibilidad del hombre, o sea en su capacidad de redención mediante la elección de la única vía correcta de salvación, la de ellos mismos, quienes sienten estar al servicio de fines divinos. El extremismo de derecha norteamericano se ha caracterizado por volcar sus temores sobre las minorías étnicas. Especialmente luego de la década del `20, este racismo se volvió profundamente antisemita. En el caso del partido aquí analizado es el imaginario del mito de la conspiración judeo-comunista el motor de toda ideología subyacente.

Para lograr comprender el rol concreto del ANP dentro de esta tradición retomaremos, principalmente, los planteos de Frederick Simonelli, para quien “el legado de Rockwell consistió en tres nuevos conceptos que fueron diseñados para “convertir al nazismo, un producto del pensamiento fascista sintetizado por los parámetros culturales alemanes, en potable para los norteamericanos del siglo XX”.¹⁵ Estos tres nuevos conceptos son la implementación del slogan *White Power*, el negacionismo del Holocausto y la conexión con un culto cristiano racista nacido en y para

Norteamérica: *Christian Identity*. Considerando válidos estos conceptos, creemos que es necesario no pensarlos como parte de un proceso único e indiferenciado. Por un lado, creemos que en un primer lugar fue necesario que Rockwell se reapropie de los elementos básicos del nacionalsocialismo y los resignifique para que puedan ser adaptados en un contexto diferente al original. Este primer proceso significó la utilización de la simbología nazi, la internacionalización de la visión racial hitleriana y la utilización del negacionismo del Holocausto ya que es una de las formas por las que el nazismo reapareció luego de su derrota. Por otra parte, consideramos que existe un segundo proceso: la adaptación propiamente dicha. La suma de éste y el proceso anterior, conforman el proceso global aquí estudiado. En el caso norteamericano, para la adaptación consideramos válidos dos de los conceptos de Simonelli: *White Power* y *Christian Identity*. Éstos tienen que ver, principalmente, con la adaptación del discurso nazi al tradicional supremacismo blanco estadounidense y con la importancia que el cristianismo reviste para la sociedad norteamericana. Es necesario tener en cuenta que, muchas veces, el primer proceso es bastante similar a nivel mundial. En cambio, el segundo es más bien local y representa las características de cada sociedad en particular.

Nuestro interés está puesto en los aspectos culturales. Nos resulta, para eso, de fundamental importancia el concepto de *imaginario social* de Bronislaw Baczko, el cual se refiere a las “representaciones colectivas, ideas-imágenes de la sociedad global y de todo lo que tiene que ver con ella”.¹⁶ Es, pues, un proceso por el cual la sociedad y sectores particulares de ella se

¹⁴ *Ibidem*. Cursivas en el original.

¹⁵ Frederick Simonelli. *The Neo-Nazi Movement*, 2008, en <http://www.splcenter.org/get-informed/intelligence-files/ideology/neo-nazi/the-neo-nazi-movement>.

¹⁶ Bronislaw Baczko. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 8.

generan sus propias identidades por medio de la invención de representaciones de todo lo que les rodea. Así, si el neonazismo norteamericano posee sus propios imaginarios, podría pensarse que, como una *matrioska*, éstos están insertos dentro de los imaginarios más amplios de la extrema derecha y, a su vez, en el más amplio imaginario hegemónico de la sociedad estadounidense.

Si bien las cuestiones particulares responden a la personalidad y el desarrollo propio de Rockwell y del ANP, en esencia la existencia de un partido de este estilo responde a un contexto cultural que habilita su existencia y moldea su forma de expresión. Así pues, nuestra concepción de historia cultural “considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece”.¹⁷ Analizando las propuestas ideológicas de Rockwell, buscaremos entender la forma en que sus ideas “individuales” fueron funcionales a un anticomunismo más amplio, compartido por la mayoría de la sociedad estadounidense.



¿Qué es el neonazismo?

La idea-imagen motivadora en la existencia del nazismo fue el mito de la conspiración

¹⁷ Roger Chartier. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 2005. p. x.

judeo-bolchevique, según el cual “existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos políticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía [...] con el objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero”.¹⁸

El mito nació en la Francia posrevolucionaria de la mano del Abate Barruel. En su libro *Memorias para sobrevivir a la historia del jacobinismo* (1797), el Abate descubría una conspiración masónica para derrocar al Antiguo Régimen. En 1806 recibió una carta de Simonini, un oficial italiano que le advirtió que la secta más poderosa detrás de esa conspiración era la de los judíos. Así, entre ambos personajes, forjaron un mito que ayudó a la derecha conservadora europea a explotar el antisemitismo en contra de los progresistas. Fue con la aparición de los *Protocolos de los Sabios de Sión* en Rusia, entre 1903 y 1907, que el mito pudo institucionalizarse bajo un supuesto halo de veracidad ya que el documento falsificado suponía que un miembro del gobierno secreto judío, reunido en 1840 en Cracovia con un grupo de judíos, explicaba cómo lograr el dominio mundial.¹⁹

Con respecto al neonazismo, la definición de Roger Griffin lo incluye dentro de dos nuevos conceptos: “fascismo nostálgico” y “fascismo mimético”. El primero se refiere a la formación de grupos que retoman la

¹⁸ Norman Cohn. *El mito de la conspiración judía mundial*, Buenos Aires, Editor, 1988, p. 19.

¹⁹ Según Norman Cohn, es probable que el documento se haya escrito entre 1894 y 1897, durante el affaire Dreyfuss, en Francia. Aun así, el autor sugiere que el escritor fue un ruso que destinaba su plagio a la derecha rusa, país en el que los Protocolos se adoptaron y desde donde se divulgaron al resto del mundo. El falsificador habría plagiado fragmentos del *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* (1864) de Maurice Joly, presentándolos como el discurso original del líder judío.

cosmovisión básica de los fascismos de entreguerras, adoptando sus programas a las circunstancias de sus épocas y países. El segundo hace referencia al “éxito” que el nazismo representó en cuestiones raciales, conformándose en el modelo por excelencia del racismo. Eso se refleja en la imitación que grupos y partidos políticos hacen de la parafernalia nazi. En el caso norteamericano, Griffin sugiere la asimilación del nazismo con el tradicional supremacismo blanco.²⁰ Estos grupos, para Griffin, deben ser llamados “neofascistas” en vez de “post-fascistas” debido a que introdujeron temas originales, según los parámetros culturales locales, a los objetivos regenerativos básicos de la ideología fascista. Esto permitió innovar de manera tal que se formuló la heterogeneidad ideológica que domina al neonazismo en la actualidad. Las tradiciones locales explican las diferencias concretas como, por ejemplo, por qué en Estados Unidos los neonazis son fundamentalmente cristianos, mientras que los neonazis escandinavos se han volcado, mayoritariamente, hacia el satanismo.

Si bien esta interpretación es adecuada para formular abstracciones sobre el fenómeno, corre el riesgo de formular generalidades muy amplias. El primer problema está en incluir al nacionalsocialismo dentro de la categoría fascista. Si bien ambos fenómenos fueron contemporáneos y compartieron tendencias nacionalistas, anti-marxistas y el culto de la guerra y al líder, consideramos que más allá de las similitudes existentes entre el fascismo y nazismo, existe un imaginario social específico que es inherente al nacionalsocialismo alemán y a sus “sucesores” posteriores que no depende del estilo en que sea llevado a cabo la expresión política de la ideología de fondo.

Más allá de las características locales adoptadas por los neonazismos, Jim Saleam propone la existencia de elementos nuevos que pueden ser entendidos como integrantes esenciales de un “sistema neonazi”. En primer lugar, ha cobrado sustancial importancia la cuestión ocultista ya que elementos marginales del nacionalsocialismo original, como los cultos esotéricos de las SS, han pasado a estar en el centro de la escena neonazi mundial. En segundo lugar, existen una serie de elementos permanentes que se repiten en cada versión del fenómeno neonazi. Éstos son: un concepto internacional de raza, el interés por la historia racial indo-europea, la afirmación del martirio de los jerarcas nazis, la creencia en la existencia de la conspiración judía, el negacionismo del Holocausto, la “revisión” de la historia referente a la Segunda Guerra Mundial y el culto a Hitler. Para el autor, “cada aspecto del sistema puede ser una idea separada. En el neonazismo, existen todas de manera combinada”.²¹

Fue George Lincoln Rockwell quien descubrió que el nazismo podía adaptarse muy bien a nivel simbólico como emblema de lucha contra el comunismo en los Estados Unidos de los años `El nacionalismo estrictamente geográfico y cultural pasó, pues, a ser reemplazado por el *isidó nationalism* ya que era la nación blanca del mundo la que debía ser regenerada.

Creemos que es fundamental considerar al vínculo entre el nazismo y el neonazismo recurriendo a la idea de imaginarios sociales. De hecho, tal vínculo, por tratarse de fenómenos emergentes en contextos y sociedades diferentes, sólo es posible al nivel de las ideas ya que “a través de estos imaginarios sociales, una colectividad

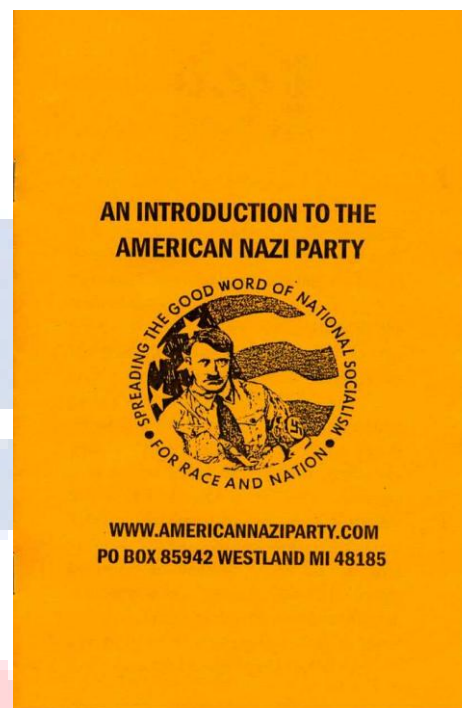
²⁰ Roger Griffin. *The Nature of Fascism*, Nueva York, Routledge, 1993, p. 165.

²¹ Jim Saleam. *American Nazism in the Context of the American Extreme Right. 1960-1978*, Universidad de Sydney, Tesis de Maestría no publicada, 2001.

designa su identidad elaborando una representación de sí misma... expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores” que aseguran la “representación totalizante de la sociedad como un «orden», según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser”.²² La forma en que los miembros del ANP concebían el mundo social que los rodeaba estaba fuertemente inspirada en las mismas ideas-imágenes que inspiraron a Hitler. Este imaginario derivaba directamente del mito de la conspiración judía. Nos parece, pues, esencial no perder de vista que detrás de toda ideología antisemita que tome la forma del nazismo está fuertemente vinculada a la cosmovisión maniquea que desarrolla el mito, el cual es aceptado como verídico por estos sectores. Este mito se difundió desde Rusia a Alemania y luego a Estados Unidos, donde fue aplicado a la realidad del país por la extrema derecha local. Desde allí el mito volvió a viajar a Alemania gracias a la divulgación de *El judío internacional*, libro editado por Henry Ford, el cual retoma como absolutamente válidos todos los elementos del mito de la conspiración y los aplica a la realidad norteamericana. Por su parte, Hitler consideraba a Ford un prócer, por lo que vemos que las influencias norteamericanas y alemanas fueron mutuas a la hora de dar forma al nacionalsocialismo.

De todos modos, no debemos olvidar que por tratarse de contextos diferentes, la adopción del nazismo alemán necesariamente debía un proceso de reapropiación para que pueda ser adaptado a la realidad norteamericana. Que el ANP haya compartido características básicas con el nazismo no significa que sea literalmente su continuador. No existe una línea de continuación que haya sido rota luego de la Segunda Guerra Mundial para reabrirse en

el punto de ruptura y continuar el mismo camino en 1959.



La Guerra Fría Doméstica y el American Nazi Party

El anticomunismo fue una importante fuerza política durante el siglo XX en Norteamérica. Según Larry Ceplair, éste se convirtió en la versión institucionalizada del nativismo (el comunismo era una doctrina extranjera), del anti-radicalismo (los comunistas pretendían instalar un régimen soviético en EEUU) y del americanismo (el comunismo era antagonista del capitalismo, la religión y la democracia).²³ Pero, si la mayoría de la sociedad norteamericana siempre había sido anticomunista, durante los años `50, se lo consideró una amenaza real e inminente. El miedo se convirtió en pánico. Y eso tiene que ver con lo que Tom Engelhardt llamó la “desesperación triunfalista”, es decir, la

²² Bronislaw Baczko, *Los imaginarios...*, op. cit, p. 28.

²³ Larry Ceplair. *Anti-Communism in Twentieth Century America. A Critical History*, Santa Barbara, Praeger, 2011, p. 13.

ansiedad de triunfo no consumada plenamente (porque existía un rival casi igual de poderoso) y los horrores de la posible destrucción nuclear.²⁴

En realidad, la actividad concreta desarrollada por el Partido Comunista norteamericano no era tan grande como el miedo que generaba su presencia – de 1944 a 1954 los miembros del PCUSA descendieron de 79.000 a 23.000 aproximadamente.²⁵ Como sugiere Stephen Whitfield, “el comunismo fue una amenaza a los Estados Unidos [...] pero no fue una amenaza en los Estados Unidos, donde el peligro fue a menudo fuertemente sobrestimado”.²⁶ El sistema de vida capitalista, la ilusión del buen vivir y la posibilidad de ser rico – *the american way of life* – eran ideas fundamentales de la sociedad y las que legitimaban el poder de la burguesía en Estados Unidos. El comunismo significaba un peligro que podría derribar tales pilares. Por eso mismo, los aparatos estatales como el FBI o la HUAC debían impedir, por todos los medios, que la ideología comunista impregnara el ámbito doméstico.

El conflicto fue representado en términos espirituales más que políticos. Por su parte, los líderes soviéticos eran retratados como seres diabólicos que pretendían dominar al mundo, el cual parecía estar dividido en polos opuestos, uno de ellos guiado por el mal y el otro por la voluntad divina.²⁷ Si Estados Unidos era el discípulo de la voluntad divina, la Unión Soviética era el anticristo. Ésta visión tiene que ver con la estructura misma de la sociedad

norteamericana, la cual recurrió a la religión para legitimar su ideología de “pueblo elegido por Dios” como receptáculo de todos los valores buenos de la humanidad. Como sugiere Pablo Pozzi, eso fomentó la estructuración de una sociedad teocrática en la cual las decisiones se toman en base a criterios religiosos.²⁸

Así como los comunistas eran considerados traidores, existía un tipo de ciudadano modelo que era el héroe en esta Guerra Fría doméstica: aquel que tuviese información sobre los comunistas y la facilitara al estado. La lógica del informante derivaba de la misma concepción estatal con respecto a los ciudadanos norteamericanos: “todas las administraciones [...] juzgaron que la Guerra Fría era un conflicto *total* que requería la contribución de todos los sectores de la vida americana y que la batalla por los corazones y las mentes se extendía más allá del poder de las agencias de información gubernamentales”.²⁹ Así, los medios no oficiales eran complementarios en el mantenimiento del aparato anticomunista ya que “Washington trabajaba sobre la base de que las organizaciones privadas y los individuos a menudo divulgaban el mensaje de la propaganda con más flexibilidad y credibilidad”.³⁰ Fueron claves las organizaciones cívicas cuyos miembros, actuando unilateralmente, colaboraron con el gobierno para exponer al comunismo. Entre ellas se encontraban, por ejemplo, la *American Legion*, la *American Bar Association*, el *American Jewish Committee* y el *AFL-CIO*, etc.

²⁴ Tom Engelhardt. *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 27.

²⁵ Larry Ceplair, *Anti-Communism in...*, op. cit., p. 102.

²⁶ Stephen Whitfield. *The Culture of the Cold War*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996, p. 4.

²⁷ Larry Ceplair, *Anti-Communism in...*, op. cit., p. 15.

²⁸ Fabio Nigra – Pablo Pozzi. *La decadencia de los Estados Unidos. De la crisis de 1979 a la megacrisis del 2009*, Ituzaingó, Maipue, 2009, pp. 51-65.

²⁹ Tony Shaw. *Hollywood's Cold War*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007, p. 4. Cursivas en el original.

³⁰ *Idem*.

Toda esta lógica influyó en el surgimiento de elementos políticos radicales como el macartismo. Si bien éste fue producto del anticomunismo más conservador, al definir sus estrategias de seguridad internacional y nacional, Truman “sentó las bases para el éxito posterior del macartismo: un clima político represivo y una idea errónea de la debilidad soviética, de la naturaleza de la subversión y de la omnipotencia norteamericana”.³¹ Desde 1950 hasta 1954, el Senador Joseph McCarthy, que ocupaba ese cargo desde 1946, amenazó en vano con dar a conocer una “lista negra” de nombres infiltrados en el gobierno. Así, el Senador alimentaba la lógica de la amenaza. Si no se sabía a quién se refería, se estaba refiriendo a todos. Finalmente, en 1954 concluyó la trayectoria política de McCarthy. El Senador había comenzado una campaña contra la supuesta infiltración comunista en el Ejército norteamericano y el Ministerio de Defensa. Esto significó que desde el estado se pusiera un límite a su accionar. Se censuró su lugar en el Congreso y murió tres años más tarde.

Lo que ocurrió desde mediados de los `50 y durante los `60 fue un desplazamiento de la paranoia hacia el ámbito de la extrema derecha.³² Al asimilar el comunismo con el judaísmo, estos sectores podían poseer la tranquilidad que el resto de la población no tenía: identificar a los comunistas con un grupo concreto, especialmente ahora que empezaba a hacer su aparición el movimiento por los Derechos Civiles. Tanto los conservadores como la extrema derecha veían a la subversión comunista y un accionar anti-americano detrás de la lucha

³¹ Athan Theoharis. “La retórica de la política: la política exterior, la seguridad interior y la política interna en la era Truman, 1945-1950”, en Nigra, Fabio. - Pozzi Pablo. (comps.), *Invasiones bárbaras en la historia contemporánea de los Estados Unidos*, Ituzaingó, Maípe, 2009, p. 197.

³² Stephen Whitfield, *The Culture of the...*, op. cit., p. 41.

afroamericana – quizás eso tenga que ver con que el PCUSA siempre tuvo relaciones integracionistas para con la población negra. Un informe del FBI en relación a los conflictos raciales de los veranos de 1964, 1965 y 1966 (*Long Hot Summers*) decía que *los comunistas buscan hacer avanzar la causa del comunismo inyectándose ellos mismos en los conflictos raciales y exacerbándolos para intensificar las fricciones entre negros y blancos con el fin de probar que la discriminación contra las minorías es un defecto inherente al sistema capitalista*.³³

En 1958 Robert Welch fundó la más famosa de las fuerzas de choque anticomunistas de extrema derecha en Estados Unidos: la *John Birch Society*. La Sociedad declaraba abiertamente la existencia de una conspiración comunista en el estado y acusaba de ello al mismo presidente Eisenhower. El mismo año se fundó el *National State's Rights Party* de la mano de J. B. Stoner y Edward Fields. Nacido en y para el Sur profundo, el objetivo del partido fue combatir al comunismo y la mezcla interracial. En 1959 George L. Rockwell, con los mismos objetivos, fundó su ANP. Por otro lado, a partir de 1954 (año en que la Corte Suprema decretó la inconstitucionalidad de la segregación en las escuelas mediante la Decisión Brown), el *Ku Klux Klan* se vio favorecido por un importante renacimiento. A su vez, la derecha racista cristiana también jugó un importante rol en el crecimiento de los sectores extremistas. Entre las décadas del `50 y `60, fue clave la figura del Wesley Swift en California. Combinando el anticomunismo con un antisemitismo teológico, proceso que se venía desarrollando desde los años `20 en

³³ *Subversive and Extremist Elements in Racial Violence*, Reporte del Federal Bureau of Investigation, 22 de septiembre de 1966, p. 11.

Estados Unidos, Swift dio forma definitiva a *Christian Identity*.

El surgimiento de renovados y numerosos sectores pertenecientes a la extrema derecha no fue casual. Desde arriba se estaba realizando un llamado paranoide a la sociedad, la cual respondió, en ocasiones, con versiones mucho más violentas y extremas de lo que se fomentaba desde las cúpulas más altas del poder pero coherentes con ese llamado, es decir, con la lógica del “ciudadano vigilante”. Por otra parte, si el mismo gobierno era sospechado de infiltración comunista por muchos de sus propios miembros, entonces son los ciudadanos quienes se sienten en la obligación, como respuesta a la lógica “vigilante” y de contención, a actuar por sus propios medios.

Es en este contexto, el de la paranoia llevada al extremo, en el que actuó el *American Nazi Party*. Si bien es cierto que este partido respondía a los intereses personales de su líder y miembros, el discurso del ANP respondía a la hegemonía discursiva de su época. Por lo tanto, si el discurso del ANP existió en ese momento en particular fue porque existía *algo* que lo habilitaba e impedía combatirlo con la misma energía que sí se utilizó para combatir al comunismo.

La construcción del neonazismo norteamericano: reapropiaciones y adaptación

Rockwell no estuvo ajeno a todas estas influencias. La lógica del “ciudadano vigilante” y del informante que dominaban la vida social durante los '50 afectó su trayectoria política. Convencido de que la infiltración comunista era un hecho, luego se persuadió de que para que ello ocurriese era necesaria la existencia de una

conspiración mucho más ancestral que la Unión Soviética: la del judaísmo internacional. Al mismo tiempo, se veía a sí mismo como el responsable de crear una organización que combatiera a la amenaza judeo-bolchevique para derrotarla completamente. De ahí que sintiera la necesidad de volcarse abiertamente a la identificación con el nazismo, ya que encontró en el partido nacionalsocialista alemán, un símbolo anticomunista y racista inconfundible. Como afirma Jim Saleam, “Él creía que, así como Hitler fue el oponente definitivo de los judíos y del marxismo, su ideología era el antídoto similar para los problemas en América”.³⁴

El *Commander*, como llamaban a Rockwell sus seguidores, sabía que si el nazismo poseía la cualidad de representar una ideología y una simbología capaz de combatir los temores que asolaban a la sociedad norteamericana del periodo, era incapaz de hacerlo si su exportación no era acompañada de un proceso de resignificación. Éste, a su vez, debió ser adaptado al contexto norteamericano. Si bien hemos separado temporalmente a ambas partes integrantes del proceso global, eso se debe simplemente al hecho de que para 1964 Rockwell haya hecho explícitos los elementos de la adaptación. De todos modos, creemos que desde el primer momento el neonazismo norteamericano recorría el camino que derivó en la nueva retórica iniciada desde 1964.

Como afirma Simonelli, Rockwell “dirigía su mensaje a las emociones de los oyentes más que a su intelecto”.³⁵ De ahí la necesidad de la utilización de la palabra *nazi* relacionada a su actividad política:

³⁴ Jim Saleam, *American Nazism...*, op. cit.

³⁵ Frederick Simonelli. *American Fuehrer. George Lincoln Rockwell and the American Nazi Party*, Chicago, University of Illinois Press, 1999, p. 44.

generar un impacto emocional en las masas. Conciente o no de ello, el *Commander* estaba utilizando una estrategia que hacía eco del mito soreliano. Las reflexiones de Georges Sorel en torno al rol del mito en la política de masas partieron del marxismo, al cual reinterpretó a la luz de una filosofía no materialista, con raíces psicologistas. Aun así, su aporte es esencial para comprender el rol de los mitos manejados por cualquier ideología política que pretenda ganar el apoyo de las masas. Para Sorel, los mitos son un sistema de imágenes: “los hombres que participan en los grandes movimientos sociales imaginan su más inmediata actuación bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa”.³⁶ El mito, al ser irracional, cumple la función de generar acción. Efectivamente, el principal rol de la reapropiación del nazismo para su aplicación al contexto norteamericano era el de movilizar a la extrema derecha hacia el combate efectivo contra el comunismo y el judaísmo.

Por otra parte, el uso de la simbología nazi fue imprescindible para que un partido tan pequeño lograra romper la estrategia de “cuarentena” publicitaria encarada desde el *American Jewish Committee*, la mayor resistencia a la que debió enfrentarse el ANP. Esta estrategia, creada por Solomon A. Fineberg durante los años `40, buscaba minimizar la publicidad dada a estos sectores. Pero el caso de Rockwell era muy distinto al de los antisemitas previos. La retórica y el circo nazi construido a su alrededor era tan llamativo que todos los medios se vieron obligados a informar sobre quien hablaba en público del heroísmo hitleriano, el gaseado masivo de judíos y utilizaba abiertamente la esvástica y *stormtroopers*. En palabras de Rockwell: *Usé el dramático método nazi para poner a*

*los manipuladores de la prensa en una situación imposible. Si tratan de suprimir las noticias sobre nosotros [...] se encontrarán con que la gente comenzará a darse cuenta del uso deshonesto de nuestra prensa nacional. Es imposible para ellos esconder o ignorar a NAZIS marchando en las calles.*³⁷

La implementación de la parafernalia nazi tendría un último y esencial objetivo: la guerra psicológica contra los judíos. Según Rockwell, *los judíos son brillantes e inteligentes en sus ataques, pero son fundamentalmente irracionales en su paranoia [...] ;con la esvástica podremos tomar la iniciativa por primera vez y destrozarnos sus inteligentes planes!*³⁸ Por todas estas razones, Rockwell eligió a la esvástica como estandarte del hombre blanco. Desarrolló, para ello, su propio diseño: igual a la nazi pero con un globo terráqueo en el centro, símbolo de la unidad aria mundial.

Para Rockwell, era el rechazo al trabajo duro por parte del judaísmo lo que los llevaba a instalarse en los estados gentiles para desangrarlos económica y racialmente mediante la difusión del marxismo, el liberalismo y la hibridación racial. El judaísmo era visto como un parásito que destrozaba a los estados y a la raza aria. Aun así, Rockwell no se avergonzaba de afirmar que los judíos eran, en realidad, más inteligentes que los arios. Su tendencia conspirativa fue la que logró debilitar cada vez más a su antagonista blanco. Sin embargo, más allá de este avance de la conspiración, la raza aria poseía una ventaja innata: su superioridad espiritual, “el sentido idealista”. Ésta tenía que ver con la capacidad de entregarse a una causa más grande que uno mismo. Rockwell se refería a eso en los siguientes términos: *solo*

³⁶ Georges Sorel. *Reflexiones sobre la violencia*, Buenos Aires, Pléyade, 1973, p. 29.

³⁷ Citado en Frederick Simonelli, *American Fuehrer...*, op. cit., p. 58.

³⁸ George L. Rockwell. *This Time the World*, Lexington, 2012, p. 212.

cuando pueda hacerles ver que el individuo no es tan importante como la raza, habré triunfado en términos de la historia y de la humanidad, más que en la política inmediata.³⁹ De ahí la importancia de volcarse hacia el nacionalsocialismo, entendido como la defensa de las leyes naturales inherentes a la raza, era imprescindible ya que armaba a la raza aria con el escudo de su propia superioridad espiritual.

Con respecto a la política inmediata, Rockwell consideraba que su partido debía atravesar cuatro fases hasta conquistar a las masas. La utilización estratégica de la simbología nazi sería únicamente la primera fase de la lucha. La segunda fase consistiría en educar a la población en sus verdaderos objetivos, reduciendo la parafernalia nacionalsocialista a su mínima expresión. La tercera fase estaría dedicada a organizar a la gente que había sido atraída hacia el partido y, por último, la cuarta fase radicaría en ganar el poder legalmente por medio del voto popular. Aun así, Rockwell no estaba a favor de la democracia como se llevaba a cabo en Estados Unidos. Como Hitler, Rockwell suponía que “la democracia del mundo occidental es hoy la precursora del marxismo”.⁴⁰ Una vez que su partido obtuviese el poder, el *Commander* cambiaría la estructura del país, promoviendo políticas de pureza racial, el exterminio de los traidores-comunistas y un retorno a la democracia de los Padres Fundadores, es decir, limitada – lo que Rockwell llamaba “República autoritaria”. Se formaría, así, un estado racista cuyo eje de acción sería la preservación y fortalecimiento de la raza aria.



El segundo elemento para la reapropiación del nazismo fue la *internacionalización* del mismo. Rockwell encontraba incómodo el chauvinismo germánico de Hitler. El *Commander* deseaba que *Hitler no hubiera enfatizado tan fuertemente en Alemania a expensas del resto de la humanidad [...] considero mi tarea como la completa internacionalización y universalización del nacionalsocialismo, con la palabra nacional, pues, significando sólo la raza.*⁴¹ Según Rockwell, la lucha contra el dominio judío no era un problema nacional, sino una cuestión de supervivencia para toda la raza blanca. Así como el comunismo era un movimiento internacional, el nacionalsocialismo también debía serlo. Nació así una nueva forma de nacionalismo: el nacionalismo blanco. De ahí que Rockwell afirmara que *nuestra gente puede ser Demócrata o alemanes o católicos o ingleses si así lo quieren [...] pero PRIMERO DEBEN SER HOMBRES BLANCOS!*⁴² Así, definiendo como *ario* a todo aquel que no fuera ni negro ni asiático ni judío, se ampliaba el criterio racial al que podía aplicarse el estandarte nacionalsocialista.

³⁹ *Idem.*, p. 213.

⁴⁰ Adolf Hitler. *Mi lucha*, Chile, Ediciones Trasandinas, 2001, p. 65.

⁴¹ Correspondencia con Savitri Devi.

⁴² George L. Rockwell. “In Hoc Signo Vincens”, en Kaplan, Jeffrey, *Encyclopedia of White Power*, Walnut Creek, AltaMira Press, 2000, p. 445. Mayúsculas en el original.

En julio de 1962, Rockwell logró viajar de incógnito a Inglaterra. Allí concurrió a una reunión con sus camaradas de seis países (Gran Bretaña, Alemania occidental, Francia, Austria, Irlanda y Bélgica) en Cotswold Hills. Surgió, así, el *Cotswold Agreements*, documento en el que los adherentes se comprometían a combatir y destruir al judaísmo internacional y su aparto sionista-comunista. Para concretar el plan nació la internacional: *World Union of National Socialists* (WUNS). Así, la internacionalización del discurso nazi se concretó en la WUNS, institución imposible de imaginar desde la visión pan-germánica original.

La temática del negacionismo del Holocausto no es nada sencilla. Según Deborah Lipstadt, existe una razón práctica para su implementación, la cual tiene que ver con la implementación de una agenda política “fascista”. Convirtiendo a los judíos en victimarios y quitándoles su rol de víctimas, el negacionismo pretende limpiar el mal nombre del nacionalsocialismo para que, entonces, tal doctrina política parezca moralmente aplicable. Si bien estos argumentos son válidos, no creemos que sean suficientes para explicar el fenómeno negacionista.

Efectivamente, Rockwell se sumó a la corriente negacionista. En sus palabras: *niego enfáticamente que hayan pruebas válidas de que judíos inocentes hayan sido sistemáticamente asesinados por los nazis.*⁴³ Pero si su intención era simplemente limpiar la imagen del nazismo, entonces no se entiende por qué hacía públicas afirmaciones como *la única cura para para la ‘judititis’ es la vieja cura del gas del Doctor Adolf.*⁴⁴ Podemos suponer, pues, que las funciones del negacionismo pueden actuar

en diferentes niveles. En primer lugar, cumple un rol fundamental en la guerra psicológica contra los judíos. Al negar el sufrimiento tan padecido por ellos, se los agitaba hacia la confrontación. En este sentido, cumple la misma función de agitación que la implementación de la parafernalia nazi. Puede existir, además, otra razón para negar el Holocausto. Teniendo en cuenta la ideología antisionista de los neonazis, podemos suponer que estén interesados en minar el acontecimiento histórico que los sionistas utilizaron como legitimador de la construcción de su estado en Palestina.

Lo importante es tener en cuenta que el objetivo del negacionismo es mostrar que no existe una verdad histórica universalmente válida, sino que ésta puede ser rescrita y discutida. Justamente la efectividad del negacionismo radica en haber construido en torno al Holocausto una situación en la que la gente debe considerarlo en términos de creencias. Así, la *Shoá* es objeto de una manipulación que la convierte en un hecho minimizado en su perversión y generando una situación por la cual se lo quiere convertir en algo que no puede demostrar su existencia sin que sean refutadas ninguna de sus pruebas.

Estos elementos analizados fueron implementados por Rockwell, especialmente, para conformar un nuevo modelo político de derecha en los Estados Unidos ya que, según él, los existentes eran ineficientes. Según Rockwell, el problema de la política norteamericana era la falta de rigidez para combatir al “verdadero enemigo”, incluso entre las tendencias más radicales e, incluso, racistas. En cuanto a los conservadores, su error radicaba en que su principal interés era la economía y la protección de su nivel de vida. En cambio, “en su conjunto, presentan poca preocupación por el problema biológico del que todos los demás problemas son sólo su

⁴³ Alex Haley. *Playboy Interview*, No. VI, 1966.

⁴⁴ Citado en Frederick Simonelli, *American Fuehrer...*, op. cit., p. 47. Mayúsculas en el original.

manifestación”.⁴⁵ Rockwell suponía que, asimismo, los líderes extremistas – entre los que incluía, además de otros, a Robert Welch, Willis Carto e, incluso, a Douglas MacArthur – compartían sus ideas pero que tenían miedo de combatir a los judíos. No eran más que simples cobardes. Para Rockwell era necesario redoblar la apuesta. Para ello, “el nacionalsocialismo era lo correcto porque [...] mediante la utilización de métodos llamativos, su partido era capaz de captar la iniciativa política de un modo en el que otras formas de la extrema derecha habían fallado”.⁴⁶ Al argumentar la explícita necesidad de que la extrema derecha adquiriese el mote de nacionalsocialista, se estaban rechazando otras alternativas de lucha.

El *Ku Klux Klan* tampoco estaría encarando una política efectiva debido a que su cerrado anti-catolicismo le impedía ampliar sus horizontes de unidad aria. A su vez, el *National States Right Party* fallaría en no asumir explícitamente su carácter nazi: “los grupos que se enfocaban en la defensa de la segregación sureña, argumentaba, eran incapaces de apelar a «las víctimas de los judíos» en el Norte”.⁴⁷

Considerar la apariencia externa del ANP como sinónimo del régimen nazi alemán, es incorrecto. El hecho de que *Mein Kampf* haya inspirado las ideas de Rockwell no significa que haya aplicado los preceptos allí enunciados al pie de la letra en su país. Como sugiere Roger Chartier, los textos no son estáticos, sino que dependen de la interpretación del lector, quien construye un sentido desde sus propias capacidades, expectativas y prácticas del grupo social al

que pertenece. El sentido del texto cambia y es resignificado según quién y para qué lo lea.⁴⁸ Por otra parte, quien resignifique el sentido del texto también debe expresarse en relación a la recepción. Por ello Rockwell debió adaptar su discurso a los límites de la aceptabilidad del periodo y lugar en el que realizó su carrera política. Una vez alcanzada la notoriedad deseada por el *Commander*, era hora de pasar a la segunda fase de su plan. Dos estrategias fueron la clave de este proceso de adaptación propiamente dicho: la adopción del slogan *White Power* y el vínculo con *Christian Identity*.

Para 1964 la necesidad era aumentar el número de seguidores y posibles electores. Para ello Rockwell procuró atraer a los sectores segregacionistas afectados por las recientes leyes de los Derechos Civiles. Eso no quiere decir que Rockwell haya abandonado su antisemitismo. Simplemente se puso el énfasis en predicar que eran los judíos los instigadores de la lucha del pueblo negro norteamericano en vistas de la obtención de los Derechos Civiles y su integración en la sociedad. En sus palabras: *Si combinas un ejército de hombres negros, lleno de energía animal y el deseo de sangre y violencia [...] con la astucia del judío [...] has combinado dos elementos de la peor maldad en la historia, y cada uno le da al otro lo que le falta [...] con el cerebro de los judíos dirigiendo los cuerpos de los negros, el resultado es la presente «revolución negra»*.⁴⁹

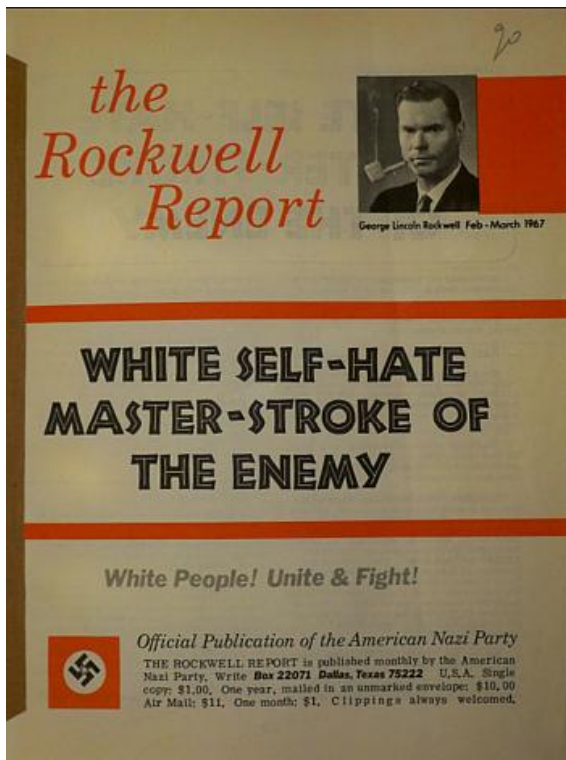
⁴⁵ William Pierce. “A National Socialist Life”, en George L. Rockwell, *Selected Writings*, Wentzville: Invictus, 2011, página. 113.

⁴⁶ Martin Durham. *White Rage. The Extreme Right and American Politics*, Nueva York, Routledge, 2007, página. 131.

⁴⁷ *Ibidem.*, página. 21.

⁴⁸ Roger Chartier, *El mundo como...*, op. cit., p. vi.

⁴⁹ George L. Rockwell. *The Rockwell Report*, febrero-marzo de 1967, p. 19.



A principios de 1965 Rockwell decidió postularse de forma independiente del ANP como candidato para gobernador del Estado de Virginia. En esta oportunidad no emergieron referencias nazis. Como afirma Simonelli, *el candidato Rockwell inició una sutil pero significativa política de metamorfosis. Se refería a Hitler menos frecuentemente, isionoyéndolo por alusiones a George Wallace y Orville Faubus.*⁵⁰ El Commander se sorprendió cuando el resultado final implicó que sólo 6.500 personas le dieran su voto. Sin embargo, el mismo no fue extraño. Si viene es cierto que se puede suponer la existencia de fuertes puntos de contacto entre la cultura hegemónica norteamericana y el ANP, al mismo tiempo, eso explica el porqué del poco éxito del partido neonazi. ¿Por qué la población iba a volcarse hacia un partido “moralmente reprochable” por la mayoría de la sociedad cuando existían los

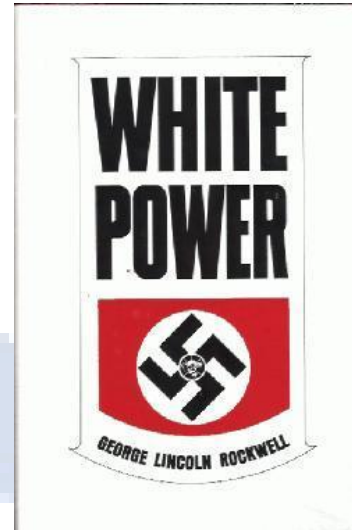
⁵⁰ Frederick Simonelli, *American Fuehrer...*, op. cit., p. 97.

republicanos – especialmente los sectores más radicales – para calmar prácticamente las mismas ansiedades segregacionistas y cristianas tradicionalistas, sobre todo para la población sureña? Así pues, las ideologías de derecha más tradicionales encontraban una fuente de canalización dentro de la misma política oficial. Se entiende, pues, el poco éxito electoral de Rockwell. ¿Para qué volcarse hacia el apoyo directo de un personaje como él cuando dentro del ámbito *mainstream* ya existía opciones como George Wallace, Barry Goldwater, etc?

Para aumentar su electorado, Rockwell encontró inspiración en uno de los líderes negros más radicales del periodo: Stokely Carmichael. En 1966 éste adoptó el slogan *Black Power* para sus *Black Panthers*, grupo que tampoco creía en la integración y repudiaba la doctrina de no-violencia de Martin Luther King. Para muchos norteamericanos blancos este tipo de organizaciones confirmaba el mito de que los negros significaban una amenaza. En vistas de ello, Rockwell decidió enfrentarse abiertamente al líder negro y autodefinirse en oposición a él. El supuesto para ello era que una revolución negra sólo podía ser contenida por una contra-revolución blanca que fuese, al mismo tiempo, una revolución que trajera consigo la construcción de un nuevo orden. Rockwell manifestó, pues, la verdadera esencia de su partido: el supremacismo blanco típicamente norteamericano en su versión neonazi. Con esto queremos decir que el imaginario de la infiltración judeo-bolchevique en el gobierno norteamericano se colocó por encima y se combinó con el tradicional supremacismo blanco.

Como afirma Reginald Horsman, los estadounidenses comenzaron a forjarse una identidad racial basada en la idea de que pertenecían a una rama especial de la línea caucásica a partir de 1850. De este modo, la explotación de negros, indios y mexicanos

fue justificada desde una ideología racista que suponía “superioridad” del hombre blanco por sobre las demás razas. Eso se relacionó íntimamente con el imperialismo norteamericano ya que “para 1850 dos ideas fueron firmemente engranadas en el pensamiento americano: que la gente de grandes partes del mundo era incapaz de crear eficientes, prósperos y democráticos gobiernos y que un estable orden mundial podía ser alcanzado mediante la penetración económica norteamericana en [...] las áreas negras”.⁵¹ Se suponía, pues, que la superioridad racial de los norteamericanos sería la destinada a mejorar la calidad de vida de todos aquellos cuyas razas les impedían obtener los beneficios experimentados en los Estados Unidos. Rockwell, con la implementación del *White Power* se sumó a esta tradición. Según sus propias palabras, *sólo en America existe todavía una suficiente [...] sangre blanca aria con la salud y el poder para liderar el renacer de nuestra raza*.⁵² Rockwell creía que el centro del “poder judío internacional” no estaba ni en Rusia ni en Israel, sino en Nueva York. Además, él consideraba que el pueblo blanco norteamericano aún conservaba los instintos raciales de sus antecesores europeos. Así, el lenguaje *White Power* era, a su vez, reflejo del Destino Manifiesto ya que consideraba a Estados Unidos como cuna de la salvación para la raza blanca y, por lo tanto, líder en el proceso de restauración de la misma y la formación de un nuevo orden social basado en el respeto de la cultura propia de esta raza.



Pero más allá del rechazo hacia los negros, Rockwell seguía advirtiendo que el enemigo natural de la raza blanca era el judío. Los Derechos Civiles serían la máscara de la revolución “judío-comunista” en Estados Unidos. Rockwell afirmaba que esa tarea era imposible de realizar para los judíos en Estados Unidos ya que los trabajadores blancos nunca se unirían a los trabajadores negros. Los judíos, pues, se vieron en la necesidad de explotar los conflictos raciales.

A principios del año 1967 Rockwell decidió cambiar el nombre de su partido por el de *National Socialist White People's Party* (NSWPP). Si bien en el nombre del nuevo partido se sostiene la referencia al nacionalsocialismo, éste ya no es indistintamente el alemán sino que es una alusión a un tipo de filosofía política que alcanzó su máxima expresión en la Alemania del Tercer Reich pero que ahora, según la adaptación que de ella hizo Rockwell, iba a convertirse en un movimiento mundial de defensa aria:

La doctrina [nacionalsocialista] no existe sólo para el bien de la humanidad, sino para la absoluta y esencial supervivencia de la humanidad [...] el nacionalsocialismo

⁵¹Reginald Horsman. *Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism*, Cambridge, Harvard University Press, 1981, p. 298.

⁵² George L. Rockwell. *White Power*, Champaign, edición de John McLaughlin, 2012, p. 238.

declara que su objetivo no es nada menos que la absoluta dominación de las blancas y civilizadas isió de la Tierra por el hombre blanco ario y su liderazgo por los individuos más fuertes y sabios de la raza, en lugar de por los numerosos y débiles mediocres y egoístas intereses privados [...] para alcanzar este objetivo, el nacionalsocialismo reconoce que el poder debe ser ganado legalmente, primero en el centro estratégico del mundo, los Estados Unidos, y luego en todas las otras áreas blancas de la Tierra. El nacionalsocialismo no reconoce los límites geográficos imaginarios de las naciones tan importantes como los verdaderos límites fijados por la naturaleza por medio de la RAZA [...] declaramos nuestra intención de destroz a todos los individuos, DE CUALQUIER RAZA, que sean culpables de organizar, planear o llevar a cabo la criminal conspiración comunista y el motín contra la humanidad y las leyes de la naturaleza.⁵³

El programa del partido pretendía llevar a la práctica la visión revolucionaria del Commander:

Nuestra revolución [...] debe tener como fuerza motriz y objetivo, no solamente el odio y la destrucción del enemigo, sino que debe impregnarse con la absoluta determinación de establecer un orden social justo en el que cada hombre pueda alcanzar su máximo potencial como una exitosa, feliz y productiva parte de nuestra gran raza blanca [...] nuestra revolución, pues, no es material y física, sino un radical cambio espiritual en los sentimientos de nuestra gente.⁵⁴

El nuevo orden debería responder a las leyes naturales. La integridad biológica era la primera ley que rige a todas las criaturas sociales, según Rockwell, e implicaba la

absoluta fidelidad al propio grupo racial y el odio a todos los seres externos que pretendieran mezclar sus genes con ellos. Las otras leyes eran la de protección del territorio, la del liderazgo, ejercido por una jerarquía natural de seres con mayor status que el resto y la de especialización de las mujeres en la maternidad saludable.

Por otra parte, Rockwell comprendió la importancia que el cristianismo tenía para la mayoría de los blancos norteamericanos. Por eso, decidió estrechar vínculos con *Christian Identity*. Las raíces de *Identity* provienen de un grupo de interpretaciones cristianas conocidas como *British-Israelism*. Las mismas tomaron forma en la Inglaterra de mediados del siglo XIX. En esencia, *British-Israelism* diferenciaba a los descendientes del Reino de Judá – los judíos, identificados con los hijos de Esaú – de los de Israel, o sea los pueblos caucásicos. La operación que *British-Israelism* realizó fue la de transferir la condición de “pueblo elegido” a los ingleses, quitándosela a los judíos. Así, la semilla del futuro antisemitismo ya estaba levemente plantada desde el principio. No obstante, no hay que exagerar esta herencia ya que para los anglo-israelitas los judíos nunca dejaron de ser humanos. En cambio, *Christian Identity* les quitó su humanidad, al identificarlos con los hijos biológicos del Diablo.⁵⁵

Estas ideas migraron hacia Estados Unidos para fines del siglo XIX. Pero fue recién en la década de 1920 cuando el anglo-israelismo se combinó con la política racista. Fue Howard Rand quien organizó un verdadero movimiento nacional, la *Anglo-Saxon Federation of America* (1930), que logró sentar las bases de un movimiento

⁵³ George L. Rockwell, *This Time...*, op. cit., pp. 349-350. Mayúsculas en el original.

⁵⁴ George L. Rockwell, *White Power...*, op. cit., pp. 328-340.

⁵⁵ Michael Barkun. *Religion and the Racist Right. The Origins of the Christian Identity Movement*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1997, p.147.

antisemita construido desde la infraestructura del anglo-israelismo gracias a sus campañas de distribución nacional de material y a la conformación de un movimiento que daba gustoso la bienvenida a la derecha racista.

Las nuevas representaciones de los judíos agregadas al anglo-israelismo durante los años `20 en los Estados Unidos implicaron que las teorías de la conspiración estadounidenses se sumaran a un conjunto de exégesis bíblicas que planteaban que los judíos eran los descendientes directos de Satán. Esta concepción impregnó las ideas originales del anglo-israelismo hasta producir un nuevo culto. Si bien no existe un dogma único que aglutine a todos los miembros de *Identity* ni una organización central que reúna a sus diferentes iglesias, existen un conjunto de creencias básicas que son compartidas por sus adherentes. Una de ellas es la doctrina de las “dos semillas”, la cual plantea que de Eva surgieron dos descendencias: “una es buena y fue implantada por Dios y la otra por Satán bajo la forma de serpiente”.⁵⁶ Abel sería el descendiente de Adam, creado por Dios a su imagen y semejanza mientras que Caín habría sido implantado en el vientre de Eva por el Diablo. Así, “Caín y toda su progenie, por la virtud de la paternidad satánica, portan la inmodificable capacidad diabólica de hacer el mal”.⁵⁷ Esta exégesis racial de la Biblia también postula que Caín, luego de ser marcado por Dios, se unió a los pre-adamitas (seres animalescos creados por Dios previamente a la creación de Adam). Para *Identity* se consumó, así, la mezcla interracial que dio origen a los seres que continuaron y continúan manifestando el carácter demoníaco de Caín.

Según *Identity*, luego del Diluvio la descendencia de Caín habría continuado

por medio de la esposa negra⁵⁸ de Cam, hijo de Noé. Esta unión dio nacimiento a los cananitas, con quienes Esaú se unió, dando origen a los edomitas. Fue la unión de Esaú con los hititas y los cananitas⁵⁹ lo que confirmó el origen interracial de los judíos, quienes fueron absorbidos desde adentro por la corrupción edomita, a la vez que le permitió la identificación filial de éstos con Caín. Toda esta descendencia, por su paternidad diabólica, se organizaría secretamente para destruir al linaje adámico.⁶⁰

Esta particular exégesis bíblica se conjuga y adapta perfectamente al modelo conspirativo de la extrema derecha. Al incorporar la paternidad satánica en estas teorías, se consolida la idea de que todo lo malo del mundo proviene de una única fuente cósmica. Si esa fuerza es destruida, el mundo estará redimido para el Milenio de Cristo.⁶¹ Estamos en presencia, pues, de una concepción escatológica racista, en la que la lucha macrocósmica entre Dios y Satán se reproduce en el microcosmos terrenal, en donde ambos se enfrentan por medio del combate directo entre sus respectivas progenies.

Nosotros creemos que lo que *Christian Identity* llegó a constituir en Estados Unidos es una politización de lo sacro. La política se desprende como instrumento de una religión que, a su vez, la legítima. Las creencias apocalípticas como las planteadas por *Christian Identity* interpelan a sus creyentes a ser activos en el enfrentamiento contra sus enemigos en la batalla por la redención de la humanidad. Por eso es fundamental su asociación con grupos políticos racistas, lo cual le permite a *Identity* obtener un canal material de

⁵⁶ *Idem.*, p. 161.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 150.

⁵⁸ Jubileos 7: 14.

⁵⁹ Gn. 25:6-9.

⁶⁰ Gn. 4:23; Apoc. 2:9.

⁶¹ Michael Barkun, *Religion and the...*, op. cit., p. 171.

expresión para su teología. Justamente, la alianza del ANP con *Identity* vino a conformar un beneficio mutuo: “los nazis que necesitaban una sustancia religiosa encontraron la bienvenida en la iglesia *Christian Identity* de Swift, y los cristianos *Identity* encontraron una expresión material para su pasión política en el *American Nazi party*”.⁶²

En conclusión, podemos decir que tanto el *White Power* como el cristianismo *Identity* forjaron la adaptación que Rockwell realizó del nazismo. Éstas poco tienen que ver con una rigurosa adaptación de los principios propios de éste. Su programa, en cambio, sentaba sus raíces en una verdadera tradición racista norteamericana, a la cual, sin embargo logra modernizar y darle una perspectiva más duradera a nivel local y global al mismo tiempo.

White Power sin Rockwell

El neonazismo en Estados Unidos no murió en la línea sucesora de Rockwell. Numerosos grupos de la extrema derecha, aun cuando muchos de sus miembros no se describan a sí mismos como “nazis”, han adoptado una similar visión del orden mundial. Las estrategias de lucha pueden ser divergentes, pero un imaginario social compartido guía las huestes del racismo norteamericano.⁶³

Si bien es cierto que entre los grupos más nativistas el neonazismo permanece como un producto extranjero, en mayor o menor medida, todos estos movimientos consideran a la raza aria en peligro de extinción debido a las fuerzas conspirativas

judías instaladas en el gobierno norteamericano, ahora calificado como *Zionist Occupation Government* (ZOG). El “Gobierno de Ocupación Sionista” es un concepto que caracteriza al gobierno federal norteamericano como una marioneta manejada por el poder judío internacional. Mediante el fomento de sociedades multirraciales, la defensa del aborto, la violencia en las ciudades, el control de armas, la pornografía, la homosexualidad y la alimentación chatarra, el judaísmo internacional estaría concretando su dominio. En la actualidad se llama *New World Order* (NWO) a este supuesto nuevo gobierno que se quiere imponer.

Existe una enérgica fuerza centrípeta que aglutina a la extrema derecha norteamericana en torno a una cognición similar del mundo, un enemigo común y el amor por la raza aria. Más allá de las diferentes estrategias empleadas, son conscientes de la existencia de una solidaridad racial existente entre ellos debido a que se consideran una raza superior en crisis. Por todo ello podemos, entonces, aglutinar a toda esta extrema derecha posterior a la Segunda Guerra Mundial bajo el nombre de movimiento *White Power*. Los imaginarios sociales referentes al mito de la conspiración judeo-comunista son los que dan identidad al movimiento y se expresan, pues, en las ideologías anti-ZOG que comparten sus miembros.

Aunque parezcan una simple conjunción de “paranoicos”, su existencia no es casual. Mientras que, por un lado, se gestaba el discurso de la Guerra Fría, con su anticomunismo y el llamado al ciudadano vigilante; por otro, se desarrollaba el Estado de Bienestar y un gobierno que empezó, tímidamente, a defender a sectores que antes eran postergados (un ejemplo es la Decisión Brown). Así, al mismo tiempo que

⁶² Frederick Simonelli, *American Fuehrer...*, op. cit., p. 120.

⁶³ Nicholas Goodrick-Clarke. *Black Sun. Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity*, Nueva York, New York University Press, 2002, pp. 7-29.

se convocaba desde el estado a la radicalización anticomunista, el racismo empezó a ser visto como algo “no deseado”. Se gestó, así, una crisis de identidad norteamericana. El surgimiento del *American Nazi Party* no fue más que un síntoma de esta crisis y el resultado extremista de una lógica estatal que convocaba a la vigilancia anticomunista.

Al nazificar al supremacismo blanco norteamericano, Rockwell logró superar el pan-germanismo exclusivista del nazismo, habilitando la utilización de la parafernalia y el vocabulario nazi entre todos los sectores de la derecha racista de su país. La visión de lucha por un Apocalipsis redentor, el cual acabaría con el mundo maniqueo en el que los judíos estarían desarrollando sus designios diabólicos, “va más allá de los confines del pequeño mundo de los explícitos grupos nacionalsocialistas. Es una visión común la que hace al nacionalsocialismo compatible con otros sistemas de creencias de la derecha radical”.⁶⁴ La realidad es que “ningún grupo de la extrema derecha está completamente separado de los otros, y ello se debe particularmente a la influencia del nacionalsocialismo”.⁶⁵

Conclusión

El mito de la conspiración judía mundial se ha institucionalizado como una verdad indiscutible entre la derecha antisemita mundial. El nacionalsocialismo logró consolidar políticamente un imaginario social racista y maniqueo que no murió una vez derrotado. De ahí que algunos sectores racistas de posguerra hayan visto en él un

símbolo propicio a la hora de combatir los problemas concretos que sus sociedades atravesaban, específicamente en lo referido a cuestiones raciales y de avance comunista. Por medio del vínculo constituido a través de la creencia en el mito, algunos sectores de la extrema derecha más radical de posguerra se volcaron hacia el deseo de “resucitar” al nazismo en contextos culturales y geográficos diferentes al original. El hecho de que el imaginario social sea similar en ambos casos, es lo que nos habilita a pensar en estos fenómenos como *neonazismos*, es decir, movimientos antisemitas locales con parámetros culturales propios, pero íntimamente vinculados con los aspectos más esenciales de la ideología nacionalsocialista y con su parafernalia externa.

Rockwell encaró un doble proceso de reapropiación resignificada del nazismo y de adaptación de los principios básicos de éste al suelo norteamericano. Si este proceso fue posible, fue gracias al clima de paranoia anticomunista extrema vivida en la sociedad estadounidense desde los tempranos años de la Guerra Fría. El anticomunismo estaba tan habilitado por las mismas esferas de poder en Estados Unidos, que la ciudadanía de a pie no pudo hacer más que vivir en una cultura sumamente politizada y paranoide. Así pues, como el comunismo representaba una amenaza para todos los valores norteamericanos, la política interna de contención significó, indirectamente, un vuelco de poder hacia la extrema derecha. Era éste el único sector que podía poseer la certeza y tranquilidad de identificar al enemigo comunista con un grupo concreto: el judaísmo. Lo mismo puede decirse con respecto a la activa lucha de los negros. En una sociedad que siempre los consideró inferiores y mentalmente primitivos, parecía ilógico e inexplicable que un sector históricamente sumiso estuviese

⁶⁴ Jeffrey Kaplan. “Religiosity and the Radical Right: Toward the Creation of a New Ethnic Identity”, en Kaplan, Jeffrey - Björge, Tore (eds.), *Nation and Race*, Boston, Northeastern University Press, 1998, p. 109.

⁶⁵ Martin Durham. *White Rage...*, Op. Cit., página. 3.

volcándose hacia el reclamo de todos aquellos derechos que siempre les fueron negados.

Si desde el mismo macartismo se sostuvo que la conspiración “estaba en casa”, no resulta ilógico suponer que el mito de la conspiración judía y todos sus elementos encontrasen un suelo firme al que asentarse en los Estados Unidos. Este proceso había comenzado tímidamente a partir de 1919, año en que ingresan los *Protocolos* a Norteamérica. Dentro de esta tradición se incorporó Rockwell, quien sumó a la misma su intento de americanizar el nazismo, logrando elevar una ideología desprestigiada al carácter de elemento legítimo para asegurar el bien de la raza blanca. El nazismo, así, resultó una estrategia muy útil a la hora de dar identidad a quienes defendían la necesidad de contención y lucha contra la conspiración judeo-bolchevique. De ahí que para que la esvástica se convirtiera en el estandarte de la raza aria. Aun así, su adopción tuvo que estar acompañada de su internacionalización y del negacionismo del Holocausto. De este modo, el nazismo alemán se convirtió en nacionalsocialismo mundial, una filosofía defensora de los principios naturales de las razas.

Al sentar al nacionalsocialismo en el suelo norteamericano, “nazificando” a la extrema derecha de su país, Rockwell apeló especialmente al público segregacionista. Lejos de abandonar el antisemitismo, su cruzada fortaleció el rol de la amenaza judía, culpándolos de la revolución negra que azotaba a Estados Unidos. Para ello implementó el slogan *White Power*, a modo de contrarrevolución/revolución blanca, destinada a ser liderada por Norteamérica. Rockwell reprodujo, así, el imaginario imperialista norteamericano. *Christian Identity* fue otro elemento esencial a la hora de legitimar la cosmovisión antisemita. Establecer vínculos con tal culto permitió

objetivar su cosmovisión, haciéndola moralmente aceptable desde los parámetros cristianos tan fuertemente impregnados en la cultura política norteamericana.

En conclusión, el *American Nazi Party* fue un síntoma de la crisis de identidad racial que atravesaba Estados Unidos desde mediados de la década del '50 debido a la progresiva des-segregación racial y el culto de la victoria coartado por la existencia de una potencia tan poderosa como Norteamérica y que se oponía a todos los principios del estilo de vida estadounidense. Tanto la amenaza comunista como el avance de la población afroamericana dentro de una sociedad “excepcional”, podía ser explicadas sólo desde la existencia de conspiraciones internacionales que actuaban internamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Bronislaw Baczko. Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- Michael Barkun. Religion and the Racist Right. The Origins of the Christian Identity Movement, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1997.
- Larry Ceplair. Anti-Communism in Twentieth Century America. A Critical History, Santa Barbara, Praeger, 2011.
- Roger Chartier. El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural, Barcelona, Gedisa, 2005.
- Norman Cohn. El mito de la conspiración judía mundial, Buenos Aires, Editor, 1988.
- Martin Durham. White Rage. The Extreme Right and American Politics, Nueva York, Routledge, 2007.
- Tom Engelhardt. El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la Guerra Fría y el desencanto de una generación, Barcelona, Paidós, 1997.
- John George – Laird Wilcox. American Extremists. Militias, Supremacists, Klansmen, Communists & Others, Nueva York, Prometheus Books, 1996.
- Nicholas Goodrick-Clarke. Black Sun. Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity, Nueva York, New York University Press, 2002.
- Roger Griffin. The Nature of Fascism, Nueva York, Routledge, 1993.
- Adolf Hitler. Mi lucha, Chile, Ediciones Trasandinas, 2001.
- Reginald Horsman. Race and Manifest Destiny. The Origins of American Racial Anglo-Saxonism, Cambridge, Harvard University Press, 1981.
- Jeffrey Kaplan. “Religiosity and the Radical Right: Toward the Creation of a New Ethnic Identity”, en Kaplan, Jeffrey - Bjórge, Tore (eds.), Nation and Race, Boston, Northeastern University Press, 1998, pp. 102-125.
- Seymour M. Lipset – Earl Raab. La política de la sinrazón. El extremismo de derecha en los Estados Unidos, 1790-1977, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Deborah Lipstadt. Denying the Holocaust. The Growing Assault on Truth and Memory, Londres, Penguin, 1993.
- Fabio Nigra – Pablo Pozzi La decadencia de los Estados Unidos. De la crisis de 1979 a la megacrisis del 2009, Ituzaingó, Maipue, 2009.
- William Pierce. “A National Socialist Life”, en George L. Rockwell, Selected Writings, Wentzville: Invictus, 2011.
- George L. Rockwell. “In Hoc Signo Vincas”, en Kaplan, Jeffrey, Encyclopedia of White Power, Walnut Creek, AltaMira Press, 2000, pp. 439-452.
- George L. Rockwell. This Time the World, Lexington, 2012.
- George L. Rockwell. White Power, Champaign: edición de John McLaughlin, 2012.
- George L. Rockwell. The Rockwell Report, febrero-marzo de 1967.
- Jim Saleam. American Nazism in the Context of the American Extreme Right. 1960-1978, Universidad de Sydney, Tesis de Maestría no publicada, 2001.

- Tony Shaw. Hollywood's Cold War, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2007.
- Frederick Simonelli. American Fuehrer. George Lincoln Rockwell and the American Nazi Party, Chicago, University of Illinois Press, 1999.
- Frederick Simonelli. The Neo-Nazi Movement, 2008, en <http://www.splcenter.org/get-informed/intelligence-files/ideology/neo-nazi/the-neo-nazi-movement>.
- Georges Sorel. Reflexiones sobre la violencia, Buenos Aires, Pléyade, 1973.
- Athan Theoharis. "La retórica de la política: la política exterior, la seguridad interior y la política interna en la era Truman, 1945-1950", en Fabio Nigra - Pablo Pozzi (comps.), Invasiones bárbaras en la historia contemporánea de los Estados Unidos, Ituzaingó, Maípe, 2009, pp. 181-197.
- Stephen Whitfield. The Culture of the Cold War, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1996.